

Título: Hemingway y el bar “El Floridita”

Autora: Edith Josefina Domínguez Ramos

Ciudad de México, diciembre 2015. Fondo: DEMAC. Serie: Buzón Historias de Mujeres

Texto del microrrelato:

El 21 de julio de 1899, nació Ernest Hemingway, que aunque no tuve el placer de conocerle en persona por alguna razón aún sin haber conocido su obra sentí admiración y respeto, primero conocí su casa en el embarcadero de la Habana, sí en el de los ricos, y sí dicen que era terrible misógino y alcohólico, depresivo también, tan así que terminó solucionando su existencia al final con un suicidio.

Ahora que conozco lo que escribió no puedo borrar la marca de sus pensamientos en mi existencia.

En 1994 aún sin conocer ni su casa, ni su historia ni sus palabras, y yo viviendo en Cuba, un día visitando la Habana, fuimos un gran grupo de compañeros de la escuela a visitar el bar el floridita, en el corazón de la Habana vieja, me retrasé del grupo hablando en la calle con gente que me encontré, entré por última al bar, y lo primero que uno ve es el lujo, las sillas, las mesas, las copas, la gran barra y el mueble exhibiendo los alcoholes, el olor a humedad costera presente también. La barra estaba llena en cada una de sus bancas, pero en la curva de esa barra estaba una banca desocupada, y en la edad joven ninguna pequeña cadena es obstáculo, saque la banca, me senté entre los demás compañeros y pedí por su puesto un daiquirí al barman, regresó con el trofeo de estar allí, tomé un sabroso trago, el segundo observando la barra llena, el mueble, el barman, y él que no se había movido de frente posiblemente disfrutando de mi éxtasis, había tenido tiempo de observarme detenidamente, dí un pequeño tercer trago, el mesero cambio el rostro plácido y un poco angustiado y enojado me preguntó si esa banca donde estaba yo era la que estaba tras la cadena, lo decía al mismo tiempo que corría al fondo de la barra y comprobar que al fondo no había nada, enérgico me pidió que me levantara inmediatamente de la banca de Hemingway, que como me atrevía, que colocara eso en su lugar, que eso no es posible chica, que clase de respeto es ese. Claro que tomé otro trago rápidamente y con el daiquirí en la boca, cargando la banca la llevé tras la cadena. Seguí a ratos de pie, a ratos media nalga compartiendo banca.

Busqué hace unos meses en el internet una foto de esa banca, y la encontré pero ahora con una escultura tamaño natural de Hemingway en esa banca, nadie podrá decir que no se dio cuenta que esa banca era de él.